

EL GOLPE DE BEIRUT

EL 3 de abril se reunían en Trípoli el presidente de Egipto —o, si se prefiere, de la federación de repúblicas árabes, que teóricamente comprende Egipto, Libia y Siria— y el jefe del Estado libio, coronel Gadafi. Se le dio a este encuentro un cierto aire de consejo de guerra. El presidente Sadat acababa de declarar a «Newsweek» que la guerra era «inevitable»; había dicho ante la Asamblea del Pueblo, en El Cairo, que proclamaba la «era de la confrontación total»; y había tomado una serie de medidas destinadas a dar credibilidad a sus palabras. Como la toma personal de todos los poderes, el autonombramiento de gobernador militar general. Probablemente necesita rodearse de mayores medidas para dar una cierta sensación de credibilidad, porque las amenazas de Sadat son tan insistentes como su falta de decisión. Cada año, Sadat hace un par de declaraciones de este tipo. 1971 debía ser «el año decisivo». En 1972 anunció que la conmemoración del nacimiento del profeta se celebraría al mismo tiempo que la gran fiesta de la victoria. En realidad, sus palabras sirven para tratar de calmar ciertas impaciencias populares, sobre todo juveniles y militares, que le acusan en su país y en todo el mundo árabe de ser hombre proclive al compromiso; y permiten a Israel mantener todas sus medidas militares y justificar la razón de sus negativas a negociar y mucho más a desarmar. Gadafi, desde Libia, adopta posiciones muy parecidas: un gran radicalismo verbal y una escasa inclinación hacia la acción, del tipo que sea.

INCLUSO puede suponerse que Israel tiene un cierto deseo de que haya reanudación de hostilidades. Como todas las naciones de este tipo, se siente mucho más segura en el uso de la fuerza y las armas que en el de la negociación. Los observadores en Tel Aviv y en Jerusalén aseguran que los jefes guerreros piensan de impaciencia ante el deseo y la posibilidad de probar las armas nuevas que reciben incesantemente de los Estados Unidos y de dar una vez más prueba de su poder. Se asegura (René Banduc, corresponsal del «Figaro» en Israel) que la aviación judía se ha multiplicado por cuatro desde los seis días de la guerra abierta, y que la proporción es mayor aún en los tanques y vehículos blindados y en la artillería. El gasto de cinco millones de dólares que va a hacerse en el desfile del 5 de mayo —el XXV aniversario de la constitución de Israel como Estado sobre el suelo de Palestina— es un acto de propaganda que no igualaría el de unas buenas batallas.

NO igualará, ni mucho menos, al «raid» efectuado por los israelíes sobre territorio del Líbano en su propia capital, Beirut, el día 9. ¿Era una respuesta a las amenazas de Sadat? ¿Una provocación? ¿O simplemente un acto de propaganda, ya que la propaganda suele ser la base de todos los movimientos terroristas de estos tiempos? Desde todos los puntos de vista puede considerarse como un éxito, como un gran éxito. Muestra de perfección que han alcanzado los servicios de información israelíes —a los que se acusa, por parte árabe, de estar en connivencia con la CIA, y no tendría nada de extraño— y con qué precisión e impunidad se mueven sus agentes de operaciones especiales. Muestra también hasta qué punto son débiles las defensas libanesas —y probablemente las de cualquier otro de los países árabes que hubiesen atacado— incluso las de los guerrilleros palestinos, que han sido las víctimas directas. Al

mismo tiempo, muestran también la debilidad de las palabras amenazadoras de Sadat y de Gadafi.

LA moral de la cuestión se queda al margen. Esta vez, Israel ha violado prácticamente todas las convenciones, todos los aspectos éticos. Es el tema que se transporta a la ONU, en cuyo Consejo de Seguridad se trata esta vez de plantear la máxima sanción posible: la expulsión de Israel de las Naciones Unidas. Puede adelantarse ya que si la moción se presenta, los Estados Unidos utilizarán por cuarta vez en su historia el derecho de veto para impedirlo. De todas formas, el Consejo de Seguridad no tiene poderes para esta expulsión: la propondría a la Asamblea General, donde se requeriría una mayoría de dos tercios. Son las cláusulas precisas para la expulsión de un miembro.

LA Unión Soviética, por su parte, ha anunciado que apoyará cualquier propuesta de sanción, incluyendo la expulsión. «Ha llegado el momento —dijo el soviético Malik— de que el Consejo de Seguridad no se limite a condenar el último acto de piratería de Israel, sino que tome medidas eficaces para evitar su continuación». «Crímenes sangrientos», «bestiales asesinatos», «los mismos métodos que los estranguladores hitlerianos de las SS», fueron algunas de las palabras del delegado de la URSS, que alcanzó a los Estados Unidos: si en septiembre pasado los Estados Unidos no hubiesen vetado las sanciones contra Israel, quizá estos sucesos de ahora no se habrían producido. Pero el veto «ayudó al agresor a continuar sus actos de gangsterismo».

QUIZA más grave que la utilización del veto fueron las maniobras de Estados Unidos para interrumpir, en julio de 1971, las negociaciones entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad para encontrar alguna forma de contener el conflicto. Las conversaciones llegaron a un momento en el que se tendía a evitar que las grandes potencias continuasen nutriendo de armas a los Estados de la zona, y ello parecía ir contra los deseos de los Estados Unidos.

LOS ataques a la responsabilidad de los Estados Unidos que vienen del lado árabe como del soviético parecen ser mayores en intensidad, incluso, que los que se dedican a Israel. Yasser Arafat, presidente de la organización de liberación de Palestina —ajena, oficialmente, a Septiembre Negro— ha dado algunos detalles de la coordinación de



La enorme humareda, consecuencia del «raid» israelita efectuado en la capital del Líbano, Beirut, el pasado día 9.



La Policía libanesa rodea la Embajada de los Estados Unidos en Beirut, frente a la cual, grupos de manifestantes se concentran con pancartas alusivas a la participación yanqui en las recientes incursiones israelíes sobre territorio libanés.

los comandos israelíes con los servicios de información de Estados Unidos. Armin Meyer, que fue embajador de Estados Unidos en el Líbano, está ahora en una sección del Departamento de Estado que lleva el contacto con los servicios de información de Israel, para facilitarles todos los detalles y todos los informes recogidos durante su estancia diplomática en Beirut (el Departamento de Estado niega este aserto; se limita a decir que Meyer dirige una oficina encargada de «contener el terrorismo internacional»). Incluso sostiene que la operación fue dirigida desde las oficinas de la Embajada americana, y con intervención directa de automóviles y agentes de Estados Unidos. Lo cual se desmiente en Washington y en Israel, como es natural.

ARAFAT amenaza con represalias. La voladura de la refinería de At Zahrani, efectuada el sábado, puede que sea la primera de ellas. La refinería estaba situada en territorio libanés, pero su capital y sus técnicos eran de Estados Unidos. Pero Arafat habla de algo más, de «venganzas terribles», para las que quizá sea preciso esperar algún tiempo («no perdemos nada por esperar»), pero que asombrarán al mundo...

LA perspectiva es, por consiguiente, un nuevo acto cometido por los palestinos en cualquier lugar del mundo, o en el mismo Israel —como fue la matanza del aeropuerto de Tel Aviv—; y a continuación, una nueva represalia israelí. Ninguno de estos actos será resolutorio. Tampoco lo sería, probablemente, una guerra. Por las condiciones geográficas, Israel nunca puede ganar una guerra definitiva a los países árabes, porque no tiene capacidad para ocuparlos todos. Su guerra óptima fue la llamada «de los seis días», que le permitió una destrucción casi total de las fuerzas adversarias y una postración moral de sus enemigos. En cuanto a la victoria definitiva de los países árabes sobre Israel, no parece posible en tanto que estos países continúen desunidos, en tanto temen a los guerrilleros y a sus pueblos como portadores de la revolución que algunos de estos países tratan de contener, en tanto no estén suficientemente armados por la URSS —se dice que los envíos de armas, que habían sido interrumpidos, se reanudan ahora— y mientras continúen, por razones de sus difíciles políticas interiores depurando sus propios ejércitos e impidiendo la creación de una oficialidad eficaz y técnicamente preparada. Está claro que estas referencias se dirigen principalmente a Egipto y al amenazador Sadat. Que quizá algún día se vea obligado a cumplir sus propias amenazas, y lo hará en contra de su voluntad.

LA alternativa es un entendimiento entre la URSS y los Estados Unidos; un entendimiento que comience por delimitar sus propias ambiciones en el Mediterráneo y termine por un desarme de Israel por parte de los Estados Unidos, lo cual no parece nada fácil. Las perspectivas de arreglo negociado son tan difíciles como las de resolución por vía militar. Hay que esperar a que en los próximos tiempos los golpes de mano continuarán, de un lado y de otro; e incluso que en las zonas fronterizas y en los territorios ocupados haya algunos cambios de disparos, algunas agresiones, incluso una apariencia de guerra localizada.

ESPAÑA Y MEXICO: UN INCIDENTE PURAMENTE VERBAL

Las preguntas del periodista español Enrique Laborde al Presidente Echeverría, de México, en París, han reavivado la vieja y molesta cuestión del reconocimiento diplomático entre los dos países: Echeverría ha recordado que su país mantiene relaciones con la república española, a la que considera como existente en el exilio (y a cuyos prohombres en París ha recibido), y que en el caso de producirse en España la coyuntura sucesoria prevista por las leyes, su gobierno estudiaría la cuestión. El gobierno español ha debido responder considerando las manifestaciones de Echeverría como «una intolerable injerencia en los asuntos internos españoles». Hubiera conocido el periodista español la tradición mexicana de invariabilidad en la política exterior, el peso de la doctrina Cárdenas y la importantísima presencia de los republicanos españoles en los últimos treinta y cinco años en muy decisivas ramas de la cultura mexicana y se hubiese ahorrado la pregunta y el incidente, aunque la realidad es que un periodista no tiene por qué ser un diplomático, y su labor consiste más en poner de manifiesto las cuestiones que en ocultarlas.

La cuestión es que México mantiene unos principios visibles, aunque su política sea luego muy otra. Siendo su línea política la más aproximada a Estados Unidos de todo el subcontinente, y no sólo por la peligrosísima vecindad, sino por lazos establecidos por la alta clase dirigente, México no aceptó nunca romper relaciones con Cuba, y ha mantenido con ella una línea aérea permanente. Llamándose el partido en el poder revolucionario —y heredero de una gran revolución popular, con caudillos muy populares—, no vacila en practicar un conservadurismo muy profundo y hasta muy policiaco (véase, en el número 547 de TRIUNFO, un extenso artículo de Pedro Altares sobre el México de hoy) y con niveles de represión, como la de la plaza de las Tres Cultu-

ras, que ningún otro país del mundo ha realizado con tanta sangre contra los jóvenes —casi niños— de la oposición contestataria. Hasta el punto de que es difícil de aceptar que el Presidente Echeverría, que era ministro del Interior durante la represión de 1968 —ha servido en ese ministerio durante diez años—, y que entonces encarceló personas que aún están en prisión, pueda ser árbitro o juez de democracias de los demás.

No lo es, en realidad, y es muy posible que en su fuero interno Echeverría hubiese deseado establecer sus relaciones con Madrid, si no fuese por el caso del «tabú» de la permanencia y mantenimiento de los principios y los dogmas y del peso de otros sectores de opinión dentro del país. Por otra parte, sin relaciones, sin embajadores, pero con agentes comerciales y representantes oficiales, México y Madrid mantienen desde muy antiguo relaciones muy amplias, que van desde lo comercial hasta lo puramente artístico —toreros, músicos, cantantes, actores—, y con visitas políticas mutuas más o menos visibles, pero siempre cordiales y con ánimo de ir a más.

En estos últimos años, sobre todo en estos últimos meses, se hablaba insistentemente en Madrid, y se sostenía en los periódicos de derechas de México, acerca de la posibilidad de un establecimiento de relaciones diplomáticas, que aquí se hubiesen considerado como inscritas en la última serie de aperturas que abarcan a países como Alemania Democrática y a China. La cuestión verbal suscitada en París por el Presidente Echeverría no ha dificultado la cuestión: no puede considerarse como una «gaffe» diplomática. Es solamente la expresión de que no son posibles por ahora, en vista de la fuerza del contencioso político existente. Tampoco dificultarán las relaciones invisibles, que no han cesado de mantenerse, y que resultan beneficiosas para los dos gobiernos. ■

JUAN ALDEBARAN.